

Las piedras de la Polacra

Navegar en kayak por una línea de costa salvaje y bien conservada es una experiencia maravillosa. El kayak, cuando el mar está tranquilo, te permite navegar por aguas someras, acercarte a la línea de los acantilados, meterte en las cuevas, acceder a playas inaccesibles y ver paisajes increíbles vedados para quien no practique esta modalidad de navegación.

Además, el hecho de ir en silencio, acompasando tu palada con el vaivén de las olas, crea una agradable sensación de fluir sobre las aguas. A veces, cuando el agua está clara, puedes ver la sombra de tu propio kayak avanzando sobre una infinidad de verdes y azules que, sencillamente, no se pueden contemplar en la meseta. En esos momentos es como si volaras sobre el lecho marino. Siempre he pensado que es una forma de meditación, en movimiento, sobre la superficie del agua.

Moverse así por el litoral te sitúa justo en la línea de la superficie del agua y te permite acceder de una manera respetuosa a dos mundos muy distintos separados radicalmente por esa fina línea de la superficie.

Uno de los lugares a los que vuelvo recurrentemente a remar es la punta de la Polacra en el Cabo de Gata almeriense.

Muchos han sido los momentos buenos que he pasado en ese lugar. Sus acantilados sobrecogedores dibujan infinidad de formas y colores que, a ojos de un pintor, resultan un reclamo infinito e irresistible. Tanto es así, que acabas por fijarte en algunas piedras que por alguna razón te llaman la atención. Recuerdas su localización y buscas el momento del día en el que lucen más bellas y, de alguna manera, las retienes en la memoria esperando el momento para que sean pintadas.

Esto es lo que hice con los dos cuadros que muestro a continuación. Los pájaros que dibujé sobre ellas son residentes habituales de estos parajes y bien podrían haberlas usado de posadero alguna vez.

Pintarlas fue bonito, pero disfruté mucho más buscándolas, descubriéndolas e imaginando la manera en la que las encajaría en un cuadro.

